

David B. Tindall, Ronald L. Trosper y Pamela Perreault (Eds.)

**Aboriginal Peoples and Forest Lands in Canada**

Vancouver y Toronto, UBC Press, 2013, 352 páginas

**E**l libro que nos ocupa reúne un conjunto de trabajos que analizan problemas relativos a los aborígenes y a las tierras forestales en Canadá, tanto en el presente como en el pasado. Se trata de diferentes relatos destinados a aquellos que quieren aprender más sobre manejo forestal aborígen, los recursos sociales y naturales relacionados, las vías encontradas en la mediación entre aborígenes y no aborígenes, entre otros temas. Las voces provienen de un conjunto heterogéneo de autores que en la introducción se caracterizan como indígenas y científicos sociales, pero que se amplía significativamente si uno revisa el currículum adjuntado hacia el final del libro: algunos de los autores han cursado estudios específicos de recursos naturales y forestales, otros han participado o participan en consultoras, o tienen conocimiento de ecología y de negocios.

La producción del libro comenzó en un momento crítico de las relaciones aborígenes/no aborígenes en Canadá y en particular en British Columbia (en adelante BC), que es el territorio abordado con mayor detalle. La introducción comienza con cuatro ejemplos extraídos de los medios que muestran cómo los aborígenes de BC en particular –y de Canadá en general– estuvieron peleando en las décadas pasadas por ganar control sobre sus tierras forestales. Este contexto no es ajeno a lo que ocurre en casi todos los países del resto de las Américas y por ello amplía el público po-

tencial del libro a intelectuales y activistas de otras geografías.

El libro se compone de dieciocho artículos divididos en cinco partes, incluida la introducción. La perspectiva de abordaje de los trabajos es tan heterogénea como sus autores: encontramos textos que muestran síntesis de trabajos de una trayectoria consolidada en torno a las preguntas centrales del libro; otros que se presentan como estudios de casos bien puntuales; o que muestran comparaciones contrastadas para ilustrar trayectorias diferentes dentro de un mismo problema; algunos son claramente descriptivos y unos pocos que se plantean desde una perspectiva más teórica que empírica. Si bien la geografía es relativamente acotada, el marco cronológico no lo es: gran parte de los trabajos se centra en el presente cercano (entre 1970 y la actualidad), otros se remontan hasta el siglo XIX y uno reconstruye el pasado prehistórico del uso de los recursos naturales (aunque este pasado es mencionado en algunos otros casos). Esta vocación de incluir estudios históricos realza el valor del libro: el pasado deja de ser el apartado introductorio de un texto, para convertirse en parte de la trama del presente y de las explicaciones de lo que se observa hoy entre los pueblos nativos.

Los temas centrales del libro son cuatro y, aunque están separados analíticamente, tienen aspectos que los interconectan. El primero reúne cuatro trabajos preocupados

por la reconstrucción histórica de las relaciones aborígenes/no aborígenes (desde la llegada de los europeos hasta el presente) marcadas por la cooperación, el conflicto y la reconciliación. Las poblaciones nativas sufrieron las consecuencias de la llegada de los europeos, aun antes de la conquista efectiva de su territorio y de su gente, principalmente a partir de las nuevas enfermedades que llegaron y se distribuyeron muy rápidamente entre su población, afectándolos profundamente. Desde fines del siglo XVIII participaron de diferentes actividades coloniales organizadas a partir de la costa. Numerosos barcos llegaron en búsqueda de pieles de nutria, que se utilizaban principalmente para los intercambios con China. Los nativos participaban entregando pieles a cambio de bienes metálicos o rifles. Además de las enfermedades, en este período los indígenas tuvieron que enfrentarse a los asaltos sexuales a sus mujeres.

Las relaciones entre los europeos establecidos en la región y los indígenas fueron relativamente pacíficas y basadas en la cooperación, al menos hasta mediados del siglo XIX. Los aborígenes les proveían de pieles, pescados y árboles necesarios para sostener sus asentamientos. Sin embargo, esta relación relativamente pacífica enmascara una profunda transformación que se estaba operando al interior de la sociedad indígena, que recibía junto con los bienes una serie de valores que modificaron su visión del mundo. Entre otros se destacan en el libro la producción de excedentes para la acumulación individual, la riqueza, la propiedad privada, el cristianismo y, además, el alcohol y las drogas (el opio).

Resulta muy interesante el señalamiento que se hace de las causas que llevaron al fin de la era del relativo cooperativismo: el hallazgo de recursos de valor en el propio territorio. Primero fueron los recursos mineros de carbón, aunque fue el oro el que desató los cambios más dramáticos: la noticia de que los indígenas estaban sacando oro del río Fraser fue seguida por la llegada de más de 30.000 inmigrantes desde los Estados Unidos en el verano de 1858. Lo que siguió en el tiempo fue la profundización de la exclusión aborígen: leyes antiindígenas, expansión sobre sus tierras, la llegada del ferrocarril y sus consecuencias (que incluyeron una nueva oleada migratoria de Asia para su construcción), y lo más importante, la exclusión informal y la discriminación racial. En aquel período, la segregación de esta población en las reservas se consideraba positiva con el argumento de que los indígenas no estaban preparados para integrarse.

Si bien los movimientos de lucha aborígenes pueden remontarse a tiempos anteriores, el año 1969 se considera el del inicio de las acciones contemporáneas. Ese año el Gobierno federal intentó convertir a los aborígenes en canadienses ordinarios eliminando su estatus particular. Los indígenas respondieron: *Sáquenlos nuestros derechos y no nos dejan nada. Somos canadienses por nacimiento, no hace falta que nos conviertan en canadienses por ley.* A partir de entonces hubo una serie de protestas, especialmente bloqueos dentro de las reservas, que se sumaron a los movimientos sobre derechos civiles y en particular a los encabezados por los amerindios en Estados

Unidos, que favorecieron el apoyo progresivo de sus causas por parte de la opinión pública y de los tribunales. Hubo una medida particular que tocó los nervios canadienses: en 1987 se invitó a un representante de Sudáfrica a visitar las reservas, en un claro paralelismo entre el *apartheid* y la situación de los aborígenes que vivían en Canadá.

El presente muestra sus claroscuros: los estudios sociodemográficos realizados sobre las poblaciones indígenas indican que, si bien ha habido cambios positivos en las últimas décadas, no se ha podido reducir la distancia social, económica o demográfica entre indígenas y no indígenas. Con respecto a los recursos naturales los indígenas sostienen que hay una necesidad de repensar el uso occidental de los mismos. Proponen que el desarrollo sustentable sólo se puede dar si ellos tienen acceso y participación en el manejo de los recursos y en la implementación de un conocimiento tradicional del ambiente. El Gobierno federal, por su parte, sostiene que los aborígenes no son capaces de tomar decisiones que los beneficien. Existe la creencia de que los indígenas se tienen que asimilar a la sociedad para incrementar su calidad de vida.

Nos hemos extendido en esta primera parte, porque es el punto de partida de los siguientes trabajos: en esta situación estamos, ¿qué podemos hacer o qué se hace para mejorar?

La tercera parte aborda visiones diferentes acerca de cómo proceder para resolver los temas que reclaman los aborígenes a partir de tres textos. La mayoría de los autores observa que en el pasado se bus-

caba sobre todo la asimilación, un modelo que supone el abandono del lenguaje, la cultura, las tierras y los recursos para integrarse a la gran sociedad canadiense.

El comanejo de los recursos naturales aparece aquí como una herramienta interesante para la interacción. Sin embargo, sin el reconocimiento de los derechos indígenas –incluida la autodeterminación– esta herramienta puede servir también para su colonización.

En la cuarta parte, y reconociendo la necesidad que tenemos de entender los usos tradicionales de los bosques y de otros recursos naturales, encontramos cuatro trabajos que se extienden sobre diferentes aspectos. El primero reconstruye el uso de los recursos naturales por parte de las poblaciones preexistentes a la llegada de los europeos. Este esfuerzo es particularmente complejo por la naturaleza de los restos materiales: muchos de ellos no dejan huellas. El segundo analiza en forma comparada la definición oficial de tres recursos culturales y sus definiciones nativas, con el objeto de discutir –y desnaturalizar– el reconocimiento de lo que vale la pena ser protegido. Estos recursos son los sitios arqueológicos, las tierras que muestran un uso tradicional y los árboles culturalmente modificados. El tercero se enfoca en un recurso que actualmente ha sido puesto en valor: el agua. Finalmente, el cuarto aborda las concepciones espirituales del bosque y de su manejo.

El último tema aborda diferentes esfuerzos colaborativos, destinados a reparar los daños sufridos por los aborígenes en su relación con los no aborígenes. Aquí se

reunieron seis trabajos que reflexionan a partir de diferentes experiencias las ventajas, las dificultades, los resultados y las necesidades que plantean los distintos esfuerzos en colaboración. En cierta medida, estos trabajos muestran una etapa de transición de un período descrito como de «asimilación» a otro marcado por el «poder compartido». Como se señala en uno de los capítulos, sin embargo, muchos aborígenes desean pasar del poder compartido a la soberanía, como una de las bases necesarias para poder realizar trabajos en colaboración. De esta parte quisiera destacar uno de los textos que hace énfasis en la educación: en las carreras universitarias en las que la actividad forestal es importante, aunque se ha mejorado el contenido de las materias, lo que refiere a indígenas sigue siendo algo opcional. Esto significa que muy pocos profesionales tienen entrenamiento en el área o poseen conocimientos específicos sobre el tema. Los autores sostienen que los profesionales forestales tienen su propia cultura, que ha sido criticada desde hace tiempo por mujeres, ambientalistas, gente de color y, sobre todo, por indígenas. Estas voces, que hasta ahora parecen no haber sido escuchadas entre los forestales, deberían tenerse en cuenta, ya que el manejo forestal es un tema que interesa a un público multicultural.

El lector puede apreciar la variedad de miradas que nos ofrece este libro y las distintas posibilidades de lectura que tiene. Quisiera terminar con una reflexión puntual, una de las muchas que se podrían hacer de estos temas que abren el debate.

Como ya señalamos, la realidad de los aborígenes canadienses no es única en las Américas, ya que su lucha es parecida a la que están llevando muchos otros pueblos. En ese camino ha habido importantes avances, incluso en países donde la población aborigen es minoría. En estas luchas, sin embargo, el descubrimiento de un recurso de valor pone en discusión muchos buenos proyectos. Esto ocurre hoy con la minería (sobre todo con el agua que demanda) o con otras actividades (por ejemplo, la expansión de la soja), que ponen en disputa los territorios o los recursos aborígenes. Es en esos momentos cuando la lucha es mucho más difícil de sostener.

**Raquel Gil Montero**  
CONICET - Argentina